

Ya duermen ahogando
Las aves el pio:
Cerrada al rocío
Ya duerme la flor.
Detras de los astros
Que pueblan la altura,
Radiante fulgura
La faz del Señor.

Al fuego del faro
Por Dios encendido,
En sueño sumido
Reposa Israel,
Cual rey, que, acampado
En tierra vencida,
Reposa cercado
De ejército fiel.

Allí, tras sus muros
De recia espesura,
Callada y segura
Se duerme Salen:
Quebrando los tibios
Nocturnos reflejos,
Brillar á lo lejos
Sus techos se ven.

Sobre una colina
Sus torres levanta
La fábrica santa
Del rey Salomon,
Del templo acotando
Los santos confines,
De frescos jazmines
La amena estension.

Sus vírgenes *almas*
Cultivan en ellos
Los árboles bellos,
Las plantas sin par,
De que hacen fragantes
Guirnaldas vistosas,
Con que ornan piadosas
El templo y altar.

En cámara, á cuyas
Ventanas vecinas
Movibles cortinas
Los árboles dan,
Envía á los cielos
Con fé solitaria
Su casta plegaria
La triste Miriam.

Allí en su escondida
Sombria vivienda,
A Dios se encomienda
Con fervida fé,
Pidiendo una aura
De dulce consuelo,
Que alivio en el duelo
De su alma la dé.

Su ser invisibles
Arcángeles guardan:
Querubes aguardan
Su pura oracion,
Y á Dios se la llevan,
Tendiendo triunfantes
Las alas brillantes
A la alta region.

Segun le atraviesa,
Perfuma el espacio:
La gloria embelesa
Su místico son:
Y en forma de aroma
Que siente y que vive,
Aspira y recibe
Jehová su oracion.

Mas llora al enviársela
Miriam: que es amarga
Su pena, y es carga
Cruel de llevar;
Y solo contemplan
La tierra sus ojos,
Cual campo de abrojos
Que va á atravesar.

Su espíritu, ignaro
Del sér en que ecsiste,
Rebelde resiste
Tan íntimo afan:
Y en sí el gran misterio
Que encierra ignorando,
Al cielo llorando
Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
Purísimo lloro,
En un vaso de oro
Recoge Gabriel.
¡Rocío de gracia!
¡Esencia de fuego,
Que habrá de ser luego
Salud de Israel!

IV.

Y en esta misma noche
Tristísima, fué cuando
A solas contemplando
Su mísera orfandad,
Al sumo Dios hacia
La cándida MARIA
Un voto de perpetua
Y fiel virginidad.

PLEGARIA DE MARIA.

“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,

LIBRO CUARTO.

MARIA ESPOSA.

I.

Lució para Miriam la misteriosa
Edad de los ensueños celestiales:
La edad en que se juzga mas dichosa
La mujer en sus sueños virginales.
Edad lejana aún de la azarosa
Epoca de los recios vendabales
De la vida, en que vamos en bonanza
Vogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
La fé con aromáticos olores:
Cielo sereno que jamas la bruma
Empaña, ni aquilon con sus furores:
Mar de zafir cuya argentada espuma
No á impulso de huracanes bramadores
Hierve, sino del aura al suave aliento
Se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
Estacion de los goces de la vida:
En la cual ni esperanza hay engañada,
Ni amigo ingrato, ni ilusion perdida.
Pradera de mil flores esmaltada
Que á reposo y placer solo convida:
Breve edad de brevísima ventura
Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
Floridos, inocentes quince años:
En los que ignora el hombre los arteros
Lazos del mundo loco y sus engaños:
Edad en cuyos días placenteros
Se ven y no se creen los desengaños;
Vestíbulo dorado de esta vida,
Mansion del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno
De juventud y de vigor henchido,
Sintió, aunque á instintos de impureza ageno,
Del corazon del juvenil latido:
Del fuego del amor le sintió lleno
Y hácia el amor con fuerza compelido;
Mas como era su amor hijo del cielo,
Hácia él tendió su corazon el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
Amorosa á los cielos se elevaba,
Y en piélagos de amor y de ternura
Celestes se perdía y se estasiaba;
Y quebrantando la prision oscura
De la tierra, amorosa se exhalaba,
Y del divino amor en Dios bebía
Torrentes de balsámica ambrosía.

Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Renuncio á la esperanza
Del porvenir: jamas
Levantará hombre alguno
Mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
Mi casta soledad,
Señor, vuela á tí puro
Mi espíritu inmortal.

“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Circunde en hora buena
Mi solitario hogar
La niebla infamadora
De la esterilidad.
Señor, á tí tan solo
La huérfana amaré:
¿Ni á quién sino á tí puede
Su corazon amar?

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Tú vives en mi pecho,
Y en él no caben ya
Livianas sensaciones
De afecto terrenal.
Mi oido atento solo
Para tu voz está:
Mi corazon abierto
Para tu amor no mas.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.”

Así en su amargo duelo
Decia á Dios Miriam:
Mas ¿ante quién se tuerce
La ley de Jehová?
Sus santas oraciones
Hasta su trono van;
Pero mudar no pueden
Su eterna voluntad.

Escrito estaba, y pronto
Su velo virginal
Iba á dejar la esposa
Colgado ante el altar.

Aquella flor divina, conservada
Del templo en el seráfico recinto
Y del Señor para el jardín criada,
Huía de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
Resistía del mundo el laberinto
Penetrar, y al Eterno consagrada
Vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
Suben á Dios desde la sacra loma
Perpetuas nubes de amoroso incienso,
Anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso
Al Dios que el mar y las tormentas doma,
Bajo forma de místicos cantares
Eleva desde el pie de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
Que llena el universo de alegría,
Y cuando el tibio sol las cumbres dora
Con el reflejo postrimer del día,
Y á la luz de la luna inspiradora
Siempre de celestial melancolía,
Himno perpetuo de su amor levanta
Y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
Creyó pasar de su inocente vida,
Olvidando la ley, tal vez severa,
Mas honrada en Judá y obedecida,
Que obligaba á las vírgenes, cualquiera
Su condicion que fuese, esclarecida
O humilde, á sustraerse al afrentoso
Celibato en los brazos de un esposo.

II.

No la olvidaba en su rencor empero
Luzbel, que odiando su inmortal pureza,
Poner ansiaba el universo entero
Entre el pie de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
Dejando las mazmorras del infierno,
A la region voló donde respira
La Vírgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
Del templo en la vivienda solitaria,
A Dios volviendo los amantes ojos
Enviaba á Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
Alas plegó sobre erial colina,
Entre unas ruinas lóbregas é informes
Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspicaz mirada
Por el recinto de Salen dormida,
Vió á Miriam por los ángeles velada,
E ir al cielo en sus alas conducida
La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
En lugar de ceder con miedo santo
Sintió crecer su despechado anhelo,
Y dió un rujido, á cuyo son de espanto
Estremeciése de Salen el suelo:
Y ansioso de venganza ó de pelea,
Volvió á cerneirse con siniestro vuelo
Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta
En derredor de sus sagrados muros,
Y de su forma colosal, en vuelta
En pliegues de vapor densos é impuros,
La masa informe por el aire suelta
Dibujó sus contornos inseguros
En la alfombra de mieses y de viñas
Que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
Con ojo que penetra cuanto existe,
Una infernal sonrisa iluminaba
Su faz ceñuda siempre y siempre triste.
Digno tan solo de él un pensamiento
Traidor, que fermentaba su cabeza,
Hízole imaginar por un momento
Que podría asaltar su osada mano
Y manchar la castísima pureza
De aquella blanca flor, á la que en vano
Cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
Entre el cielo y la tierra en absoluta
Torva inmovilidad, embebecido
En meditar su vengadora idea:
Y con una señal vista tan solo
De sus malditos súbditos y de ellos
No mas obedecida,
Convocó en torno de él cuantos de un polo
Al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
Que sus hondos proyectos infernales
Vienen á realizar sobre la tierra,
Y bajo el dulce nombre de placeres
A inocular el gérmen de los males
En el vicioso corazón, que encierra
El pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel á un valle que la luna
No iluminaba ya, y en torno suyo
Teniendo á los espíritus, que aduna
Su voluntad satánica y á cuyo
Torecido instinto sus proyectos fia,
Les dirigió la voz de esta manera,
Mas con eco tan débil que se hundía
Entre el rumor del aura en la pradera.

“Toda Israel conoce á la doncella
Que entonaba en la fiesta de las flores
Los cánticos del templo. No hay en ella
Mas que gracia y virtud, luz y primores;
Es fuerza empero que su imágen bella,
Revestida de impúdicos colores,

De todos los mancebos en la mente
Como sombra de amor se represente.

Ornáos, pues, de mirtos y de rosas,
Tomad las formas leves y risueñas
De aquellas creaciones licenciosas
De Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas:
Corred sobre sus alas aromosas
Las ciudades, los valles y las breñas,
Y el torpe corazón de los mancebos
Abrid á un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oído
Y se alce sin cesar en su memoria,
De su mágico cántico el sonido
Y de su vida la virginea historia;
De su amor, para todos prohibido,
Haced que aspiren todos á la gloria,
E inflamad de Miriam por la hermosura
Una pasión universal é impura.”

Dijo: su infanda idea comprendiendo,
Las infernales genios sus secuaces
Se desbandaron, en silencio hendiendo
El seno de la atmósfera fugaces;
Y de su rey el pensamiento horrendo
Ellos no mas de realizar capaces,
De las moradas de Israel el fondo
Comenzó á emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia
A turbar las pacíficas mansiones,
Y empezó su maléfica influencia
A filtrarse en los torpes corazones;
Y cuantos de Israel la efervescencia
Del juvenil ardor de las pasiones
Dominaba, á la Vírgen recordaron
Y con la imágen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
Intentó su castísima belleza
Profanar, ante un soplo del Eterno
Se disipó: en su espléndida pureza
Se pintó de las almas en lo interno
De los mancebos, y en su ruin vileza
Cuantos la imágen de Miriam soñaron
Cual celeste vision la recordaron.

III.

En alas, no de la pasión liviana,
Sino de amor respetuoso y casto,
Llegóse á demandarla por esposa
La juventud hebrea: los ancianos
Ministros del Señor y sus tutores,
La demanda á Miriam participaron,
Y la vírgen que á Dios se había ofrecido,
Escuchó sus palabras con espanto.

“Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
Podrán unirme conyugales lazos:
De mi virginidad y de mi vida

Hice voto al Señor, y quebrantarlo
No osaré.” Los ancianos, á tan nueva
Revelación, de asombro se llenaron,
No comprendiendo un voto que en Judea
Era, á su parecer, voto insensato.

La ley universal de las mugeres
Hebreas; la deshonra y el escarnio
De la esterilidad, pues prometían
Al pueblo de Israel santos oráculos,
Que aquel Mesías rey, no de otra tribu
Que de la tribu de Judá ser vástago
Debía; el ser Miriam la mas ilustre
Doncella de linaje tan preclaro;
Imposible en las leyes de su pueblo
Hacían de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios
De Dios, que siglos antes que del caos
Brotar hiciera los diversos mundos
Que pueblan los abismos del espacio,
Por sus fines secretos y recónditos,
Lo había así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
Parece á Miriam un fuego escaso
Para su ardiente corazón; mas fueron
Sus ruegos y sus lágrimas en vano.
Los severos tutores á sus deudos
A reunión doméstica invitaron,
Para elegir para Miriam esposo
Digno con ella de partir el tálamo.

Habia entre los hombres
Que de Miriam la mano pretendían,
Muchos de ilustres nombres,
Que de su misma raza descendían;
Hebreos poderosos,
Que al esplendor de su elevada cuna
Unían orgullosos
Los timbres de la gloria y la fortuna:
Herederos de gefes y magnates,
Que volvieron un tiempo, de despojos
Cargados, con honor de los combates,
O cubiertos los pechos
De gloriosas heridas;
Y que á los propios y extranjeros ojos
Eran, por su opulencia ó por sus hechos,
Las glorias de la patria mas queridas.
Hombres, que por su herencia ó hechos bravos,
Poseían palacios esplendentes,
Y campos florecientes,
Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,
De fértiles campiñas y viñedos,
Y huertos y olivares,
De ganados sin número señores;
Y en las riberas del Jordán amenas,
Eran dueños de mieses y colmenas,
Y de tribus enteras de pastores;

Cuyos campos, dehesas y plantíos
Regaban, abundosos
En pescados sabrosos,
Turbios arroyos y profundos rios.

Ricos habia osados mercaderes,
Que cruzando los mares,
Venciendo riesgos, superando azares,
Traian de Israel á las mugeres
Las turquesas que Iran cria en las faldas
De sus montes y bosques seculares,
De Egipto las costosas esmeraldas,
Y las perlas que esmaltan las coronas
De los altivos reyes;
Las que entre bosques de coral encierra
En apartadas zonas
El azul golfo Pérsico profundo,
Y que el marino audaz, hollando leyes
Y buscando la muerte vagabundo,
Disputa al fiero mar hasta en sus senos,
De raros monstruos y peligros llenos,
Para halagar la vanidad del mundo.
Y otros habia en fin enriquecidos
Con los nobles y espléndidos tejidos
Dos veces en la púrpura teñidos,
Que en aquellas edades
Eran orgullo y gloria,
Y hoy son no mas efímera memoria
De Firo, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
Ni entre los en las lides vencedores,
Ni entre los de campiñas poseedores,
Ni entre los mercaderes opulentos,
Ni entre los marineros animosos
Que visitan del mundo los confines,
Los sacerdotes de Salen, guiados
Por el Señor á sus eternos fines,
Encontraron aquel que digno era
De aquella Virgen casta y hechicera,
Del universo mundo soberana,
Cuyo sagrado nombre
En las borrascas de la vida humana
Mas tarde habia de invocar el nombre.
Nombre á par del de Dios omnipotente,
Que allá en la azul esfera,
En su mano eternal apaga al rayo
Que ya pronto á partir vibra estridente;
De aquella Virgen cuyo puro aliento,
Al despertar la fresca primavera,
El florido tapiz que envuelve á Mayo,
Tiende por la fructifera pradera:
Y á cuyo soplo con susurro lento
Y amoroso, la ráfaga ligera
En sus tallos meciendo va las flores,
Prestando al vago viento
Suave son y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores,
El varon elegido
Por los sabios ancianos y tutores
De Miriam, el á todos preferido,
No fué jóven, ni rico, ni gallardo,

Ni guerreros ó cívicos honores
Daban prez á su frente encanecida:
En un oficio laborioso y tardo,
Las cosas necesarias de la vida
Con incesante afan se procuraba:
Mas cuanto pobre honrado,
Respetado por todos y querido,
De su alta edad desde el albor primero,
En su ciudad natal habia vivido,
Y José se llamaba,
Y era de Nazaret el carpintero.

Esta eleccion, empero, misteriosa,
Y para el pueblo todo sorprendente,
Hízola el mismo Dios, con milagrosa
Disposicion, patente
Haciendo á los ministros del santuario,
Su eterna y santa voluntad divina.
Un dia de Miriam los pretendientes,
Al despuntar la estrella vespertina,
Despues de alzar al cielo sus fervientes
Devotas oraciones,
Dentro del templo y cerca del sagrario,
Secas varas de almendro depusieron,
Segun de sus mayores
Uso fué y tradicion que recibieron:
Y cuando á la mañana
Siguiendo, juntos al santuario entraron,
Verde y cubierta de fragantes flores
La seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linage,
A quien los mas activos de Judea
Tributaban respeto y homenaje,
Al ver aquel prodigio portentoso
Que apagaba la luz de su esperanza,
Rompió su vara en ademan furioso,
Y cediendo al impulso de su ira
Y ansioso de venganza,
Sed que á su alma Satanás le inspira,
Atentó de José contra la vida:
Mas á tiempo teniéndose por suerte,
Del templo se salió, y á la salida
A sí propio intentó darse la muerte.
Empero en el instante
En que al consejo de Luzbel cedia,
Vió de Miriam el cándido semblante
En la alta gradería:
Y en este mismo instante
Aquella aparicion, obra del cielo,
Devolvió su valor á su alma fuerte;
Y volviendo en sí mismo,
Con los santos discípulos de Elías
Se encerró en una gruta del Carmelo,
Y vencido Satan volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores,
La eleccion la anunciaron decidida,
Y la casta paloma, cuya vida
Como raudal de cristalina fuente
Se deslizaba mansa y dulcemente
Entre sagrados cánticos y flores;
Aquella virginal naturaleza

Educada en la fúlgida grandeza
Del templo sacrosanto:
Se sometió á la vida de quebranto
De ocupacion vulgar y rango oscuro,
Que del pobre artesano en la vivienda
Por dilatados años la esperaba;
Y de los sacerdotes en presencia,
Teñido de rubor el rostro puro
Que los rostros angélicos nublaba,
Les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiracion para consuelo
De su pesar la envió piadoso el cielo:
Y entreviendo su espíritu el futuro
Alto inefable y celestial destino
En la region del porvenir oscuro,
Ante el altar de Jehová postrada,
Oró con faz tranquila y resignada:
Y cual viajero que en la selva umbrosa
En noche de borrasca tenebrosa,
Para seguir aguarda su camino
A ver la luz del astro matutino;
Solo miró en José la protectora
Guarda que Jehová daba á su vida,
Contra la muchedumbre tentadora
De riesgos, seducciones y de engaños,
Que á la mujer entonces como ahora
Cerca falaz en los primeros años.

IV.

Dias despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calles de Salen,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un palio
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo el dosel.

Allí, conforme al uso establecido
Por los viejos patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Virgen
El misterioso anillo nupcial,

Diciéndola: "Hé aquí que eres mi esposa"
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
Todos y bendijeron al Señor:
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam:
"Tú serás para mí como mi madre: (1)
Yo te respetaré como al altar.
Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
Y ambos los cumpliremos á la par:
Así llenamos las terrenas leyes
Sin infringir la ley de Jehová."

Y así su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente.
Así llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente,
De que una Virgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V.

¡Oh cuánto al corazon es halagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¡A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincon en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasara?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué á tentar de los azares
De la guerra ó del mar á la fortuna,
Y la alcanzó en las guerras y los mares,
Llora al volver á ver en sus hogares
El lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al espirar un dia
De otoño melancólico y templado,

(1) Entre los hebreos eran una cosa bastante comun estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decia á su mujer: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con mas razon cuando habia hecho intervenir en el voto, el altar ó el nombre de Jehová, su templo ó el sacrificio. Las mujeres tambien solian hacer estos votos.

A ver volvió la virginal MARIA
A Nazaret de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenia!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias que en Salen moraba.

El por lo techo de su blanca casa
Que crece el musgo que la lluvia cria,
La puerta hendida por do el aire pasa
Ve, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á traves de sus lágrimas, MARIA.

Y á su niñez tomando el pensamiento
La recordó desde el primer momento,
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.

Allí su anciana madre trasportada
De gozo la mecía en sus rodillas:
Detrás de aquella puerta escalonada,
Creía ver su túnica morada
Ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquin con grave aspecto
De la dichosa madre embebecida,
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó, y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.

VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
Tu casa es el santuario por Jehová elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronarás de estrellas,
Y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
De todo bien origen, de Dios emanacion,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu historia
cuenta
La fé con que te adora mi firme corazón.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ANGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follaje oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado:

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y MARIA;
Que es fuente inagotable de alegría
La paz de la inocencia;
Y los castos esposos
Entre el trabajo y la oracion dichosos,
Miraban trascurrir dia tras dia.

En su taller mezquino,
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cedros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazón sobra nobleza,
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso:
Así el patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino, y oro, y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas;
Tosca y humilde estera
Tejieron del Jordán en la ribera,
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada

II.

La hora sonó: el Altísimo,
Calmado ya su encono
Contra el humano, el fúlgido
Mirar, desde su trono,
De inmenso amor fecundo,
Sobre el terrestre mundo
Giró, como relámpago
Nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
Que á su derecha asisten,
Que con las alas cándidas
Se cubren y revisten,
A los eternos fuegos
Quedar temiendo ciegos,
Al que mas cerca mirase,
Así ordenó su voz:

"Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
Y donde se alza tímido
De Nazaret el muro,
Deten la árdua carrera
Por la azulada esfera,
Y en el humano vórtice
Pon el seguro pié.

"Allí, en mansion de lúgubre
Color, y humilde planta,
Que del confuso estrépito
De la ciudad se espanta;
De nadie conocida,
Pero de mí elegida,
Púdica flor, ocúltase
La reina de Israel.

"Sé el que feliz anuncie
Mi voluntad divina;
Primero en ver la plácida
Estrella matutina,
Que el fausto fin ansiado
Del reino del pecado
Anuncia al mundo: humíllate
Ante su pura faz:

"Dila que al fin aplácese
Mi cólera severa,
Por la soberbia indómita
De la muger primera;
Del mal reparadora
Será, é intercesora
Entre el humano mísero
Y el sumo Jehová."

Dijo: y el ángel férvido,
De las eternas salas
Partiendo, al aire nítidas
Abre las puras alas:
Y al mundo presuroso
Dirige el vuelo ansioso,

A tan altos misterios destinada,
Cubrió; y aun mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza;
Bajo su manto cándido velada.

A la vecina fuente,
Con un antiguo cántaro que inclina
Bajo su peso la virgínea frente,
El agua cristalina
Va á coger, ó la túnica azulada
Que cubre su persona inmaculada,
A lavar con su vívida corriente.

Y al espirar el dia,
Cuando la filomena su morada
Busca bajo la fértil enramada;
Colocaba MARIA
Sobre una mesa limpia y reluciente,
Los panes de blancura refulgente,
Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
Los lactinios y la miel hiblea,
Al patriarca feliz de Galilea
Manjares deliciosos:
Y la cena frugal ya preparada
Cuando José tornaba á su morada
Concluida su tarea:

En el umbral la esposa
Lo esperaba de pié, y el agua pura,
Al fuego ya templada su frescura,
Le daba cariñosa;
Y él el polvo lavaba
De sus piés, y á la mesa se acercaba,
De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
A su lado sentábase sencilla,
Del mundo y de los tiempos maravilla
La que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno,
Junto formaba al de José, sereno,
Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa,
Las lentas horas rápidas pasaban,
Y los castos esposos se abrasaban
En el amor de Dios, y su afanosa
Pobreza enaltecida
Con la santa pureza de su vida,
Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
En aquella feliz, dulce existencia,
De trabajo y de paz y de inocencia;
Mas los tiempos llegaron
Del Salvador Mesías
Que anunciaban las altas profecías,
Y en su trono se alzó la omnipotencia.